



*Enrique Gómez Carrillo*

## LA GRECIA ETERNA

*Prólogo de Jean Moréas*

El libro de Gómez Carrillo ofrece un itinerario válido a posibles viajeros lectores más o menos fetichistas que aún busquen esa Grecia luminosa degustada en decenas de poetas europeos —Goethe, Keats, Hölderlin, Byron, Leopardi, Yourcenar...— y que viajen o lean sin poder o sin querer desprenderse de sus amados prejuicios prohelénicos. Gómez Carrillo hablará hoy a aquellos que se saben fatalmente atraídos por la vieja Grecia y quieran reenamorarse de la nueva —de su nueva edad—, a sabiendas de que es más vieja, más estridente, menos vigorosa, menos juvenil.

AURORA LUQUE

## Índice de contenido

Cubierta

La Grecia eterna

E. G. C. en el País de los Argonautas, por Aurora Luque

La Grecia eterna

Prólogo de Jean Moréas

El mar de la «Odisea»

Cielo del Ática

Por las calles de Atenas

La raza eterna

El alma nacional

Los hijos de Ulises

La mujer de Atenas

Las estelas del Cerámico

El alma pagana

El romancero

La antigüedad viva

Las damas de Tanagra

La leyenda de Homero

Los misterios de Eleusis

El Palacio de Orestes

La imaginación popular

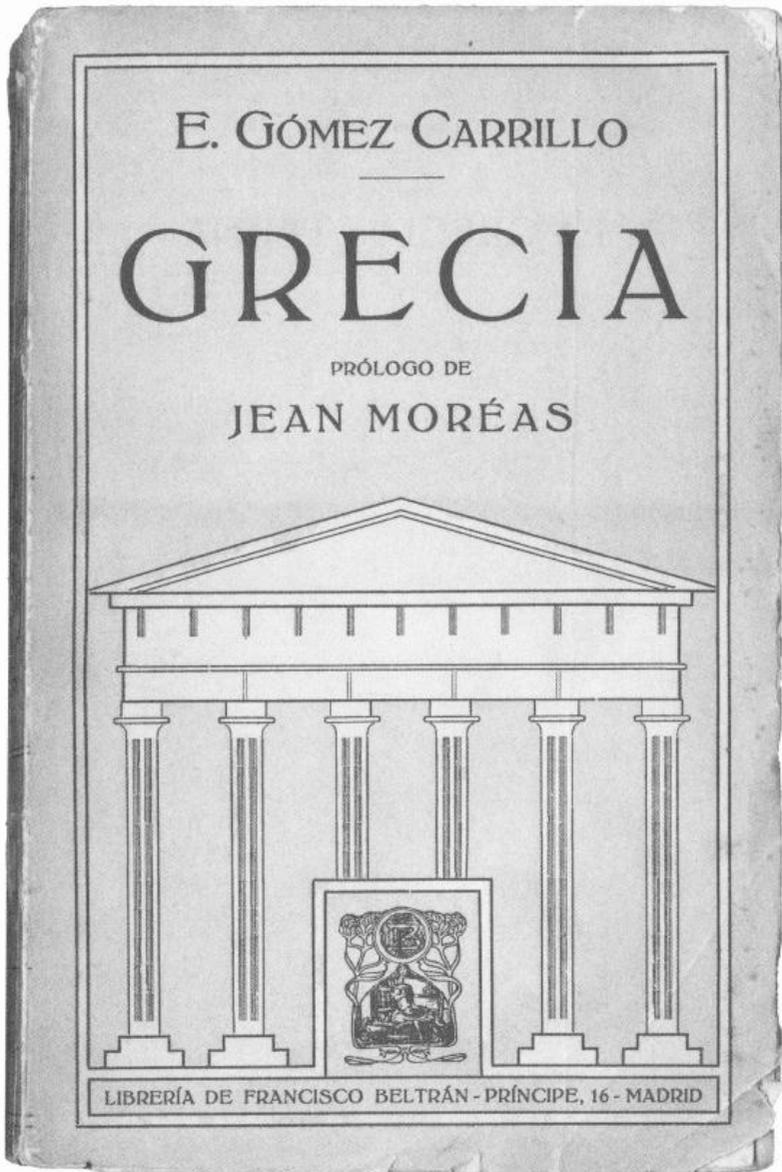
El santuario de Epidauro

Las cortesanas

La oración en el Acrópolis

Sobre el autor

Notas



*Cubierta de la primera edición*



## E. G. C. EN EL PAÍS DE LOS ARGONAUTAS

ENRIQUE Gómez Carrillo (Ciudad de Guatemala, 1873) colaboraba a los 17 años en un periódico dirigido por Rubén Darío. Viajó por todo el mundo y fue bohemio militante en París y Madrid; en París fue también cónsul de Guatemala y más tarde de Argentina. Se casó en segundas y penúltimas nupcias con la cupletista Raquel Meller y escribió sobre los misterios biográficos de Mata-Hari. Francia lo nombró Caballero de la Legión de Honor en 1906 y en 1916 dirigió el madrileño periódico *El Liberal*. Murió en 1927. Sirvan estos datos como mínimos aperitivos para ubicar en la línea del tiempo al «Príncipe de los Cronistas», autor de más de tres mil crónicas y ochenta libros, que pertenece a esa estirpe de intelectuales hispanoamericanos cosmopolitas —Martí, Darío, Reyes— que pusieron proa con el nuevo siglo al Viejo Continente.

*El alma encantadora de París, La Rusia actual, Jerusalén y la Tierra Santa, El Japón heroico y galante, El encanto de Buenos Aires, La sonrisa de la Esfinge:* los títulos de sus libros de viajes hablan ya de la mano hedonista y del amable propósito divulgador que trazaba la crónica. A Grecia viajó con maletas francesas. Sus interlocutores son otros escritores franceses o algún griego desplazado que lo ha aleccionado en París. Pocas y pocos guías a Grecia pudo encontrar, sospechamos, en el Madrid de 1910. Cuando llega a Atenas, la capital le sorprende porque no le ofrece la suntuosa estampa orientalista preconcebida. En Japón le ocurre lo mismo: Tokio no se parece, en principio, a la ciudad

de sus sueños: «¡Singular y lamentable alma del viajero! En vez de alimentarse de realidades lógicas, vive de fantasmagóricas esperanzas y sufre inevitables desilusiones. Lo que no corresponde a su egoísmo sentimental le causa tristezas incurables». En Atenas no encontró fieros otomanos ni retorcidas calles medievales. «Aquí no verá usted sino un París diminuto y presuntuoso», le advierten. Gómez Carrillo encuentra una polis nueva, regular, trazada por los arquitectos alemanes de Otto I: «¡La Atenas libre, fuerte y docta soñada por Byron, hela aquí!». Su blancura y simetría, sus amplias calles con nombres clásicos lo desconciertan profundamente. Los esfuerzos ingenuos por retomar una tradición gloriosa lo enternecen: las columnas se multiplican por todas partes, aunque «no quieren rivalizar con sus divinas abuelas del Partenón». El escritor se congraciara muy pronto con esta inesperada capital de la Hélade tan blanca y occidental.

Gómez Carrillo no llama nunca *antigua* a la Grecia del pasado. La llama *eterna*. A lo largo del libro se empeña en demostrar que el legado de esa Grecia eterna sigue vivo dentro de las fronteras de la nación griega contemporánea. Así, en una capilla de Atenas, alucinado por el centelleo del oro y de los cirios, por el perfume del incienso y la armonía de las antífonas, creará ver en la silueta negra del sacerdote «un Polifemo de sotana, un ministro del culto de los cíclopes». Se apoya —y lo confiesa— en el poder de los nombres: la sugestión de Escila y Caribdis al atravesar el estrecho de Mesina; el mar de Homero; su ternura hacia la leyenda de Ítaca, «símbolo de los lares amados». Y acaba encontrando —¿y quién no?—, en el itinerario real de su viaje y una vez vencidas las primeras resistencias, lo previamente deseado e imaginado. En ese sentido, el prólogo apresurado del poeta grecofrancés Jean Moréas, amigo personal del guatemalteco, atina en una frase: «Pero ¿qué no encontramos cuando estamos prevenidos?».

Imaginamos que el autor ha montado su libro a partir de excursiones que bien podrían ser las habituales del viajero medio de hoy (Epidauró, Eleusis, Micenas, Ítaca), ha añadido una buena dosis de mitos narrados con delectación y ha insertado paréntesis que encierran un voluntarioso diálogo intratemporal con el que intenta convencer a los lectores de la identidad del alma griega actual y antigua. Gómez Carrillo pone en pie un discurso artificioso para enlazar todas las épocas de Grecia: la guerra de la independencia del XIX es digna de inspirar a un nuevo Homero y el abolengo de los tiempos de Pericles se manifiesta, en el griego de hoy, en la afición a la aventura y al cambio, en la curiosidad por lo remoto, en su instinto de ciudadanos libres y democratas, en su patriotismo, en su amor por la dialéctica y la elocuencia, en su falta de escrúpulos, su extrema sutileza engañadora y su sentido de la vida fácil. El viajero guatemalteco llega a padecer ciertos excesos visionarios en sus ansias paralelísticas (dice haber visto a los pastores de Teócrito y a las canéforas de Tanagra transmutadas en muchachas que iban a la fuente en Corinto o Nauplia). El galante capítulo dedicado a las damas de Tanagra —a partir de la contemplación de cinco figurillas de barro que consiguió sacar de Grecia, previo permiso del éforo de antigüedades— nos ahoga con su metraje de muselina rosa: «En el mismísimo París de nuestros días, estas cinco damitas que me rodean serían, si un soplo divino las convirtiera en mujeres vivas, los más deliciosos modelos de voluptuoso chic».

Su intento de presentar la historia poética de Grecia como una corriente sin rupturas resulta tan sugerente como forzada: desde los romances bizantinos sobre Digenis Akritas (el «Aquiles de la decadencia») hasta Botzaris, que «ve brillar la aurora libertadora», todos los guerreros enlazan con el espíritu de Troya, todos saben «morir en belleza». Como buen francés (de adopción al menos), Gómez Carrillo se enfrenta a toda la escuela filológica alemana que pretendía disolver la autoría única de Homero sobre sus epopeyas

y aun su existencia misma. Como buen soñador, apoya incondicionalmente a Schliemann.

Solomós conectaría con el espíritu de Esquilo, Andreas Calvos con el viejo Píndaro y Palamás con la pureza de Platón y el sentimentalismo de Mosco. Ya Moréas en el prólogo advertía de la inutilidad de la rebelión de los autores griegos contemporáneos contra su pasado colosal: «¡Qué diablos! Los siglos han transcurrido y han dejado una fosa profunda. ¿Cómo, pues, sentir y amar sinceramente el arte y la literatura antiguos? La tragedia ateniense se ha perdido para nosotros. —Así hablan esos neogrecos sutiles, mas sus palabras son vanas». (¡Moréas es ateniense de origen!). Otros escritores neogrecos, en cambio, admiten que su sueño «está turbado por el olor de los mirtos antiguos». El entusiasmo procede de la necesidad de «continuar el antiguo libro clásico con un esfuerzo nuevo y fuerte».

Nos suena intempestiva la recurrencia de Gómez Carrillo a los conceptos de raza («la raza eterna», «la raza de Ulises»), pueblo («el genio del pueblo») o alma nacional para explicar al conjunto de los griegos. Pero en cambio resulta todavía profundamente verosímil y cercana su crónica sobre los atenienses de 1910: los de 2010 siguen compartiendo carácter y ciertas actitudes con aquellos. La repugnancia hacia la monarquía sigue plenamente vigente. «Los atenienses siguen siendo, como sus padres y como sus abuelos, cultivadores implacables de la igualdad social... Los obreros hablarán siempre a los ministros con la misma familiaridad con que, en los tiempos homéricos, hablaban los campesinos a los jefes militares». El placer de la oratoria sigue vivo en Atenas: «Figuraos lo que puede ser un Parlamento en un país en el que todos nacen oradores, retóricos y sofistas». Un griego educado en Londres confiesa que a sus compatriotas «fuera de las aventuras, de las intrigas y de las artes, nada nos interesa, nada nos apasiona. Hoy como ayer, somos un pueblo de razonadores, de políticos, de diplomáticos, de banqueros y de argonautas».

Y sobrevive también la Atenas de los cafés por la que paseó Gómez Carrillo: «El café es el ágora moderna y la moderna Academia. En su recinto, todos los que creen tener derecho a intervenir en la vida activa del país se embriagan día y noche. Me refiero a la embriaguez verbal». Atenas vive en la calle. En los escaparates, «confidentes de la vida», Gómez Carrillo ve mil revelaciones elocuentes de la vida de los atenienses: sobre lo que comen, con lo que se adornan y llenan sus hogares. Son «un museo palpitante, el museo de los arcanos del pueblo». En las vitrinas se repite el juguete antiguo, el *bibelot* de mármol: «Sin Hermes no hay escaparate posible». Gómez Carrillo vio reproducciones del dios del comercio en sastrerías, en joyerías, en tiendas de muebles, hechas en mármol y similimármol, en porcelana, en yeso y en arcilla. El más sorprendente fue el Hermes de la ortopedia, usado como expositor «de sus germánicos productos»... Esos Hermes siguen hoy apostados en los comercios de Atenas.

Ea finura del verdadero escritor que es Gómez Carrillo brilla en su acercamiento a la vertiente más sombría de los mitos. Una excursión a Eleusis le lleva a penetrar en las incógnitas de los ritos dolorosos y enigmáticos de iniciación en los templos de Deméter y Perséfone. Muy aguda y recuperable resulta su percepción de lo trágico: «Los hombres perdonan menos a los hombres que a los monstruos», sentencia al hablar de Orestes. Es magistral su panegírico de la «abominable y excelsa Clitemnestra, tranquila como la Muerte y como la Fatalidad». El amor de la muerte anida en ella como un sentimiento de indomable voluptuosidad. «En esta patria helénica donde los hombres no son crueles, el Destino tiene ferocidades increíbles»: pocas veces se ha llegado tan a la médula esencial de lo trágico. Cuando más merodea por el tema de la muerte, más sentimos que acierta el aparentemente frívolo viajero guatemalteco.

Moréas atina también en su prólogo cuando define las páginas de Gómez Carrillo como irisadas. Irisadas como las

pompas de un jabón muy perfumado y *démodé* que despertara nostalgias de terrazas y alcobas en vetustos hoteles hiperliterarios. Pero que no nos engañe este olor a rosas pasadas: en otros libros y en otros prólogos sorprende la actualidad de algunas de sus intuiciones sobre poesía o sobre traducción. Un ejemplo: su defensa de la traducción en prosa que hizo Manuel Machado de las *Fêtes galantes* de Verlaine frente a la rigidez retórica de la traducción métrica de Díez Canedo. Y acude a Mallarmé para legitimar la versión en prosa: «Aquí tengo los poemas de Edgar Poe, traducidos en prosa por Mallarmé, y al leerlos, toda la poesía del gran yanqui angustia mi alma»<sup>[1]</sup>. También resulta moderna su defensa de la poesía civil compuesta a partir de motivos cotidianos de Marquina en *Canciones del momento. Odas de la ciudad y horas trágicas* (mejor en sus pretensiones que en sus logros) frente a los defensores de la poesía «poética».

Marguerite Yourcenar, al traducir unos oráculos en verso del final del mundo antiguo, señala que comparte con sus autores la impresión —sentida por ella ante las ruinas helénicas contemporáneas— de que los dioses paganos han muerto: «Les derniers Grecs, c'est à dire les derniers païens, ont resenti, comme nous le faisons aujourd'hui en présence des ruines de leurs sanctuaires, le pathétique de *la mort des dieux*»<sup>[2]</sup>. Con Gómez Carrillo ocurre al revés: su libro nos evoca un paganismo *fin de siècle* con una poderosa convicción de vitalidad, de verdad que sobrevive, de vivero inagotable. Tal vez los dioses estén muertos, pero sus espectros acuden y sus nombres todavía resplandecen. A pesar del artificio de su pose, su discurso revela sintonías que aún nos son, si no instructivas, sí al menos placenteras.

El libro de Gómez Carrillo ofrece un itinerario válido a posibles viajeros/lectores más o menos fetichistas que aún busquen esa Grecia luminosa degustada en decenas de poetas europeos —Goethe, Keats, Hölderlin, Byron, Leopardi, Yourcenar...— y que viajen o lean sin poder o sin

querer desprenderse de sus amados prejuicios prohelénicos. Gómez Carrillo hablará hoy a aquellos que se saben fatalmente atraídos por la vieja Grecia y quieran reenamorarse de la nueva —de su nueva edad—, a sabiendas de que es más vieja, más estridente, menos vigorosa, menos juvenil.

Quien no desee hacer el crucero completo junto a Gómez Carrillo, que se acerque al menos al capítulo último, «La oración en el Acrópolis», en el que desentraña la ausencia de exaltación y conmoción religiosa de tantos escritores ante el santuario máximo de Atenas. No hubo un grito ingenuo de éxtasis ni en Chateaubriand, ni en Lamartine, ni en Gautier. Sólo Maurice Barrès habla de «una áspera perfección bajo la cual creo oír un gemido». Y aquí comienza Gómez Carrillo su himno particular: «Por lo que Atenea nos choca es por perfecta... Es la Idea, es la Abstracción, es la Conciencia, es la Armonía... Ella, en efecto, es la patrona de los pueblos que piensan libremente y que aceptan la idea divina sin vanas angustias... Su augusto padre, que pudo hacerla nacer de un beso, prefirió crearla con una idea... Ella, que es diosa entre las diosas, no exige ni lágrimas, ni estremecimientos, ni tinieblas... Sus ojos verdes son como dos faros en la noche de las teogonias eternas...».

«Viajar y hablar: he ahí toda la historia del pueblo helénico». Viajar y hablar del viaje: he aquí gran parte de la biografía de Gómez Carrillo, que invita en este libro a un periplo singular: equipaje francés, voluptuosidad rubeniana y mirada que ha filtrado previamente todo un París y un mundo con mirada americana y modernista.

AURORA LUQUE

# LA GRECIA ETERNA

PRÓLOGO<sup>[3]</sup>

ESPUÉS de tantas, tan lindas, irisadas y variadas páginas; después de un bello libro sustancial sobre el Japón, he aquí que Gómez Carrillo nos ofrece sus impresiones de Grecia.

No es ni el pedantismo minucioso ni el exceso de curiosidad lo que guía a Gómez Carrillo entre las antiguas ruinas y las ciudades nuevas de la Hélade. Emprendió el viaje con la sonrisa en los labios y el corazón lleno de fervor. Contempló y tomó notas con vivacidad. Por eso sus digresiones son tan agradables, y por eso la gravedad no aparece sino cuando es indispensable.

Gómez Carrillo no desdeña las lecciones de Luciano de Samosata, y hasta se muestra más suelto, más elegante que aquel maestro. Como aticismo, Luciano pudiera no estar en olor de santidad. Sin embargo, le debemos mil exquisitos detalles sobre la antigüedad, y Carrillo hace bien en evocar su sombra.

Seguir a Gómez Carrillo por la Acrópolis, por el Cerámico, por Epidauro, es sentir un placer en el cual lo espiritual se mezcla con lo pintoresco. Cuando describe los misterios de Eleusis, es un iniciado que ve surgir al hierofante en medio de la noche llena de rayos y de centellas. En el sueño trágico de Micenas, verdaderamente ha oído los mortales aullidos de Casandra. Ha identificado muy curiosamente los

santos del calendario ortodoxo con los dioses y los héroes del paganismo.

Yo conozco en una roca azotada por el mar Ático una minúscula capilla llena de flores. A su puerta, en una mesa, se ven, en una fuente, algunos cirios labrados, blancos y amarillos. Visitando esa capilla, los marineros de la costa de Falero encienden los cirios devotamente, y tal vez piensan en agregar las ofrendas de sus abuelos: anzuelos, cañas largas, remos, redes y anclas.

Carrillo sobresale hablando de la belleza femenina. Así, su retrato de la mujer de Atenas es, sin disputa, una delicada obra maestra.

En lo relativo al amor, su ciencia es también certera. Durante sus paseos por las riberas del Ilisos encontró, sin duda, al gracioso fantasma de Diótima de Mantinea, y esta docta mujer debió hablarle como en vida lo hizo ante Sócrates:

«Amor es hijo de Poros y de Penia. Es pobre, como su madre. No es ni bello ni delicado, sino pobre y mal vestido. Duerme bajo las estrellas, en duro lecho. Pero ha heredado de su padre el instinto de lo bello y de lo bueno. Porque Amor es viril, atrevido, perseverante, gran cazador y lleno de artificios. Desea aprender, y lo consigue fácilmente. Sin cesar charla. Es un encantador, un mágico, un sofista. Por naturaleza no es ni mortal ni inmortal, pues en un solo día muere y revive. La sabiduría es una de las más bellas cosas del mundo, y Amor ama lo que es bello. Amor es, pues, amante de la sabiduría, es decir, filósofo».

Gómez Carrillo oye estas palabras severas con respeto; mas prefiere la opinión de Meleagro, que dice:

«¿Por qué hemos de admirarnos de que el cruel Amor lance sus flechas de fuego y de que en sus lindos labios suene una risa cruel? Su madre, ¿no es acaso la amante de Marte, la esposa de Vulcano? Su vida transcurre entre el fuego y el hierro. La madre de su madre es la onda marina, que al soplo del huracán se hincha y muge. No tiene padre